

## CONVERSACIONES CON BARBA JACOB

Por MANUEL JOSE JARAMILLO

(El presente ensayo, gentilmente cedido por Manuel José Jaramillo para esta revista, corresponde a uno de los capítulos de su excelente libro sobre Porfirio Barba Jacob, que próximamente será publicado por la Librería Sur América de esta ciudad).

La cultura de Barba-Jacob circunscribíase a los intereses del espíritu. Durante la intimidad que nos unió estrechamente, en un trato frecuente, jamás encontré a mi amigo entregado a lucubrar en el dominio de las ciencias o sumido, en función humanística, en el polvo de los archivos donde enmohece, entre la polilla, el saber de los siglos. Sólo una ocasión, por entre altas estanterías, en el sótano de una biblioteca oficial, sorprendí a este erudito removiendo una torre de infolios y de obras didácticas, por los días en que tuvo la intención de escribir un gran estudio sobre el lujo.

Por lo mismo no fue un "sabio de toda ciencia" y su manifiesta superioridad radicaba en el temperamento. Barba, desde luego, fue un espíritu subyugador reinando entre espíritus por la gracia incomparable de la palabra. Su fuerza verbal asociábase a un don inmanente que lo capacitaba para percibir, detrás de las frases, la intervención del Destino en las grandes creaciones del genio poético.

Sus ideas sobre religión resultaban, para mí, y para los teólogos, seriamente incontestables. Incontestables por la forma dialéctica; incontestables por la originalidad y el adorno retórico; incontestables por las actitudes, casi sacerdotales, con que él rodeaba y revestía los temas y las evocaciones del culto. Todo esto orientado en el ámbito de la intuición porque nunca, tan egregio conversador, tocaba expresamente en el campo de las adquisiciones teológicas, en el dogma, en la moral, de lo cual siempre encontrábase a gran dis-

tancia. Y así en muchas ciencias de los graves doctores: en historia, en sociología, en filosofía, las opiniones que él emitiera marchaban militarmente, armadas de individualidad, al margen de las leyes y de las preceptivas, de las doctrinas y de los cánones establecidos. Intuitivamente los juicios de Barba, y sus ideas, creaban en torno suyo la sensación atmosférica de un cambio imprevisto en el mundo de las ideas. Tal era fuerte y poderoso este hombre.

Carlos Amariles, el cojo, empeñábase una noche en restaurar las palabras de Barba, recordando precisamente la respuesta de nuestro maestro cuando yo, en cierta ocasión, lo interrogué acerca de las relaciones de la escena y la poesía. ¡Oh... aquello fue admirable, brillante. Y ahora, a través del tiempo, cobraban sus disertaciones el prestigio de una crítica novedosa, muy fuerte, muy ambientada, muy apasionante. Nosotros nos empeñábamos también, en agremiar esfuerzos para soliviantar del olvido los frisos diseminados de aquella disertación, toda gracia y toda verdad. Todo aquello bien retocado, bien dispuesto, servía, cuando menos, para dar una idea de la capacidad de este hombre en el ejercicio de la crítica.

Las mayores posibilidades del verbo estaban reservadas para él al espíritu de las obras escénicas. El drama, indudablemente, constituía un género excepcional para establecer, por medio de un símbolo, las aspiraciones de un pueblo y el resultado de los grandes sucesos de una época en sus relaciones con el Destino.

—No creo —decía Barba— que brillen aún, en estos tiempos, los signos precursores de la gran poesía dramática. Para que ello acontezca se requiere, ante todo, la presencia de un genio creador que actúe desde el centro mismo de la vida infinita, circundada de tinieblas ilimitadas, como ha dicho Romain Rolland. Y en el caso de que alguien viniera a dar forma y relieve a las vastas posibilidades de un drama en cuyo fondo apareciesen representadas las supremas correlaciones entre lo temporal y lo eterno, de las cuales la fatalidad y el enigma son los embajadores terribles, sería preciso que descorriese las cortinas ineluctables que cubren la realidad, al lado opuesto de una de esas convulsiones humanas que reducen el proscenio de una época.

—Esto, al menos, es lo que parece advertirse, en el fondo del drama antiguo en el que brilla la verdad entre fulgores tenebrosos. Y ya en los tiempos modernos vemos en Maeterlinck, en Ibsen, en Gordin, en Andreiev y en otros maestros de la poesía dramática, la

extraña revelación de las fuerzas incognoscibles que interfieren, no se sabe en qué punto, el proceso cotidiano de los destinos. Tal interferencia obedece a un hecho trivial, en apariencia, que al mezclarse a la suerte de los personajes del drama deja entrever, por entre las fisuras de los diálogos, que algo sobrenatural interviene en todo el ambiente.

A una formidable memoria, siempre abastecida con los productos del saber literario; almacenada de erudición; proyectada para recoger las adquisiciones de la cultura, añadía mi amigo un juicio amplio, sólido, confortable, aireado permanentemente por la corriente espiritual de un gusto artístico, entrando, siempre renovada, por los ventanales de una rica y complicada sensibilidad.

Y toda esa memoria, así abastecida, y ese juicio, así renovado, empleábalos Barba para extraer esencias rarísimas de las más raras y desconocidas literaturas. En los entrepaños de aquella erudición se mezclaban leyendas, poesías, fragmentos históricos, fragmentos de novelas, fábulas y no sé cuántas páginas, muy exóticas y muy acendradas, que nadie, fuera de mi amigo, podía conocer, regustar, comentar y recomendar. Sus conversaciones, ordinariamente empezaban así: "En el capítulo del Loto Negro, en el libro del Valle de Ananda, que parece escrito por Dios. . ." O bien: En las lejanas serranías de la aldea de Dinayapur, recordadas por el príncipe Crisánada, en el más hermoso de todos los libros de la fantasía oriental. . ."

Divagando de esta manera, la imaginación de Barba-Jacob se iba extendiendo ilimitadamente hasta el término de las literaturas exóticas, como sólo se concibiera en la fantasía de los poetas hindúes.

No creo, por lo demás, como no lo creyeron mis camaradas de letras, que en toda la vastedad de las bibliotecas del mundo, desde Alejandría hasta Santa Rosa de Osos, existiera un sólo ejemplar de los libros citados por Barba. Pero sea que existiesen, encerrados en los anaqueles o que sólo anduviesen confusamente escondidos, y siempre inéditos, en los rincones de la fantasía de este príncipe, no podría desconocerse que las fábulas, los apólogos y todo aquello que venía en sus conversaciones, ejercieran la seducción, la fascinación, el embrujo extraordinario de las páginas de *Las Mil y Una Noches*.

Recuerdo haber acompañado a Barba, en un corto viaje, al sitio agreste donde se alza la vivienda de Gutiérrez González. Amaba él la poesía rural de aquel hombre cuya efigie de fauno barbudo se

erige, como el busto de Término, a la entrada de una floresta de versos, llenos de metáforas y en cuyas estancias, como en Virgilio, se cantan la recolección de los granos y las faenas del agro.

Barba irrumpió, de pronto, poéticamente: —Siento que mi ánimo se sobrecoje en estos instantes por aquella ansiedad religiosa que desciende al espíritu de un peregrino oriental entrevisto en un libro de Mauricio Barrés. Aquel hombre piadoso visitando los lugares sagrados llega un día al pesebre donde nació el redentor Jesucristo, saturado aún por la mirra que trajeron en sus dromedarios los reyes magos, orientados por la estrella lejana. Cuando hubo llegado a las puertas de la ciudad de las cinco colinas se arrodilla como el Camanita y alaba al Buditsana. Y siguiendo su marcha acó-jese fatigado a la sombra del árbol de Migadaia, donde Gautama adolescente se había reclinado y donde los brahmanes, una tarde, percibieron los sonos de una lira celeste en los coros que entonaban los Devas. . . Avanza luego a través de la Arabia hasta acercarse a la cueva de Hira, tapizada por las arañas y donde fuera a refugiarse Mahoma. Y así a lo largo de su romería por todos los lugares sagrados exclama el solitario: "Los Dioses están con nosotros". . .

Las ideas y los juicios de Barba recibían el auxilio de una conducta ejemplarizante en frente de las debilidades y flaquezas del prójimo.

Ernesto González anotaba acertadamente que las mejores opiniones de nuestro maestro, como indicio de una gran ética, y como expresión consumada de una vasta erudición literaria, eran frisos poéticos que enseñaban por separado el proceso total de una bella concepción de la vida. La comparación, a mi modo de ver, resultaba precisa. Barba, en seguida, apareció entre nosotros y alguien, de manera insidiosa, se refirió a uno de los zoilos encarnizados contra su obra. Aseveraba que era un cretino; que humanamente estaba incapacitado para sentir la presencia del genio en los poemas admirables y en las conversaciones superiores de Barba.

Barba, entonces, opinó que el artista, como el predicador de una hermosa doctrina, debe ser al modo del campesino de quien dice Romain Rolland, en el libro de "Ananda": "El poeta no ha de dudar de la excelencia de su misión, como no duda de la suya el hombre del campo que necesitando del agua para el riego de su heredad, ahonda la azada en tierra árida sin zozobra ni desfallecimiento." El artista, como el predicador, sube un día a la cátedra

cubierto sencillamente de convenientes vestiduras en paz con los hombres y sin ánimo prevenido. No podrá enzarzarse en vanas controversias ni promoverá las cruzadas de la palabra para demostrar a los estúpidos la supremacía de su inteligencia. Corre un bello apólogo en las páginas de una antología del Oriente sobre las postrimerías del sabio Fo-Yao, a quien todos sus contemporáneos veneraron y amaron como al único depositario de la sabiduría perfecta. Dice la transcripción que Fo-Yao, en su mocedad, había malgastado sus energías y que al fin de su otoño, cuando entraba en la senectud, comprendió que no tenía riquezas para legar a sus descendientes. Y ya reducido al lecho de moribundo escuchaba la admonición de los tontos, que sintiéndose precavidos, llegaban hasta él para pedirle que realizase un esfuerzo supremo con el fin de adquirir alguna fortuna material. "Tu vida, decíanle, toca ya a su término y pronto, como las cañas del arroz, caerás inclinado bajo el viento de la noche. Pero algo te falta, Fo-Yao, para dejar realizada tu misión en el mundo. Nunca te preocupara la suerte de tus pósteros que en breve quedarán sometidos a los rigores de la pobreza. Es preciso que te reanimes y que realices un último esfuerzo en provecho de tus vástagos..." Fo-Yao, sencillamente, guardó un gran silencio y luego contestó a sus benévolos consejeros: "Tenéis razón, amigos, y por lo tanto no osaré disputar con vosotros. Es verdad que ya avanza la noche y que ahora caeré en el silencio de la muerte. Y es posible que mis sucesores alcen querella contra mi memoria porque no tuve ciertamente riquezas materiales para asegurar su bienestar. Con todo, haré lo que me aconsejáis."

Y cuando ya los amigos del sabio se ausentaron de su lecho de moribundo, Fo-Yao llamó al menor de sus nietos para hacerle entrega de esta herencia admirable:

—Hijo mío, voy a morir. Durante mi vida destilé en todas las copas las hieles de la experiencia. Mis manos agregaron una cuerda a la lira; mis plantas transitaban por los caminos de los montes inaccesibles y mi índice señaló a los hombres del extremo país de Enmedio, las rutas que conducen al Occidente... Ahora, en mi último trance, oigo las voces de quienes murmuran contra mí para estigmatizar mi memoria. Desóye esas voces y recibe esta final admonición a modo de herencia: No discutas con los estúpidos. No entables contra ellos querella porque están corroídos por la ignoran-

cia, envenenados por el odio, envilecidos por la envidia y por la vanidad. Y si un día se atraviesan en tu camino dales de palos pero no trates nunca de llevar la razón a sus inteligencias obtusas. Confía en tu propia superioridad, en tu nobleza recóndita y deja que los estultos te recriminen y te ultrajen...

*Manuel José Jaramillo*

